

PRETEXTOS

POR RAMON VINYES

TEATRO

EL teatro de un amor es más fácil que el teatro del Amor.

Un sentimiento es más fácil de expresar que el sentimiento.

Por esto los actores son más comprendidos y más apreciados cuando se les ve en lo que—, clasificado de teatro nuevo—, no es nada más que la parte externa, vestuaria, de nuestra vida.

Hemos oído decir a Madame Simone, de la Comedia Francesa, algo aprovechable: «El actor vale por el número y la originalidad de las imágenes que en él despierta el tema del autor».

El Don Juan de un poeta: «El Convidado de Piedra», de Tirso de Molina.

El Don Juan de un dramaturgo de oficio: «L'Homme a la rose», de Henry Bataille.

El Cid tiene prestigio; pero no basta hablar del Cid para que la obra resulte prestigiosa.

Edmond Rostand quiso perpetrar un gran crimen: el gran crimen de asesinar con el arma del ridículo, el legendario burlador sevillano.

Y «La dernière nuit de don Juan» fué escrita.

Para el hombre de placer era definitivo lugar un teatro de títeres.

El arma del poeta iba recta al corazón del seductor. Pero el crimen se frustró.

Y es que para asesinar a Don Juan — hombre de placer — se necesitaba otro poeta que no fuera el poeta hábil de las rimas de placer; otro poeta que hubiera escrito «La última noche de Don Juan», con fuego y no con agua de colonia.

Dos reflejos iguales sobre una misma onda. El ligero don Juan de Edmond Rostand parece haber nacido de la ligereza de las rimas de Edmond Rostand.

¡No os fiéis! No se es nuevo por hablar de cosas actuales. Puede ser viejísima una obra en que los personajes viajen en aeroplano o se dediquen a experimentos espiritistas.

No porque se escribe teatro en verso se escribe teatro de poesía.

Derecha e izquierda las del actor. En esta obra habrá un mucho de convencional porque se construyó pensando en la tela y el cartón, en las bambalinas y los bastidores.

«Mon Homme», drama de Francis Carco representado por Cora Lapar-

cerie con gran éxito. 300 representaciones.

En la tranquila tarde dominical los tranquilos burgueses parisienses vienen al teatro a irregularizarse con un espectáculo de bajos fondos. La apache ascendió hasta el principado por su hermosura, pero la apache noble no ha podido matar el recuerdo del macho que la lanzó al vicio en su mocedad. Un apache fué *su hombre*, su verdadero hombre. ¡La gente irregular usufructúa la masculinidad! Ciro Mendiá, pensamos en tus buenos presidiarios, en tus malas mujeres buenas! Al apache irá su amor de princesa, el amor de su vida, su único amor, hasta que un tiro acabe el drama.

Teatro realista—, inos dicen! Reimos mientras la gente llora con *tañanas* realidades. Madame Cora Laparcerie ha bailado un vals negro. Los burgueses contentos se van a su casa con el recuerdo del vals, del loco amor y del balazo. ¡300 representaciones! ¿Teatro malo?

¡Sí! Malísimo, condenable, a pesar de sus 300 representaciones, peor que el folletín de crimen del que todos estos mismos burgueses conservadores beben la disolvencia sin darse cuenta cada mañana, al desperezarse, cuando leen su diario.

NIJINSKY, LOCO

DE los bailes rusos, cegadoramente abigarrados, de su bárbara opulencia chillona—, bailes rusos lejanos—, moda de un día ofrecida a la avidez snóbica—, nos quedaba en el recuerdo—, bella—, la blanca esbeltez desnuda de Nijinsky.

Desconfiábamos un poco de tanto esplendor—, esplendor ruso; antítesis descarada de la miseria, miseria rusa, que llena toda la literatura de la Nación extensa. Tras del prodigado oro, de la prodigada púrpura, la sospecha nos hería de un cuerpo macerado por ayunos, roído por angustias; tras de una flotante seda y de un brocado complejo, llegamos a creer que, aunque recóndita, muy recóndita, se ocultaba una mísera fealdad.

Nijinsky, en los bailes rusos, era

JOSE J. JIMENEZ NUÑEZ
Dentista

Doctor ROBERTO JIMENEZ ORTIZ
Dentista americano

100 v. al N. del Royal Bank of Canada.
Teléfono 530

la desnudez, la desnudez completa, aunque lo vistieran ricas telas recamadas. La juventud fresca de su cuerpo se adivinaba siempre. Hablaba de Grecia en la turbia apoteosis eslavojudaica. Lo recordamos simplificando la nudosa poesía de Mallarmé y la férvida música de Debussy en «L'après midi d'un Faune»... Soñamos, viéndolo danzar desnudo, en una danza simple y ardorosa con música de flautas—, cuatro notas monótonas—embriaguez de sol en las cigarras, y una corona de rosas. ¡Un sueño!... Nijinsky dazaba desnivelado.

Nijinsky venía de Grecia, pero no era griego. Su desnudez se empañaba, se contaminaba, en «Sherazada», en «Petrunchka», en «L'Oiseau du Feu», en «Sacre du Printemps». ¡Bailes rusos! Rimski - Kersakov, Balakirev, Moussergki, Stravinski, lo vestían con su música, poblada, amarga, selvática. Había un dolor de desgarrar en la desnudez de Nijinsky, un dolor que lo sentimentalizaba arrancándole el cansancio bello y triunfante de un rito que se cumple. Las nórdicas fiestas dionisiacas no son las fiestas dionisiacas de la Hélada; tienen de sabbat. Nijinsky saltaba con furia en su bailes eslavos, y su postura era bella por la belleza que emanaba de él. Voltereteaba, y su figura, al rasgar el aire, evocaba un fondo de estepa, sin mar, sin montañas, seco. Vidrio roto de afiladas aristas, el aire rasgado, lo cortó. Su blanca esbeltez desnuda empurpuróse. Un salto más alto, más furioso que los otros saltos, más allá de la belleza que podía darle él, perdiólo. ¡Pasó el límite!... ¡Nijinsky! ¡Nijinsky! ¿Sería el salto decisivo que celebraba en ruso el advenimiento de la santa Primavera?

¡Es trágica la evocación! Nijinsky en la celda agria de un manicomio. Su cuerpo bello de adolescente, que nos llevó a rezar un verso de Anacreonte entre la sulfurosa fantasía orientalista de los bailes rusos, marchito, opaco. Su cuerpo fresco que era la única nota clara, la única desnudez desnuda, en el estallido faustoso y venenoso de las sorprendentes exhibiciones bárbaras... Ya nada evocará el mármol en ellas. El rojo del delirio; —su color—, llegó al Nijinsky de la blanca esbeltez marmórea. En la lucha del baile el Occidente fué vencido por el Oriente. Nijinsky era lo único que no era eslavo en los bailes eslavos. Desde la ventana de su celda enrejada,—y en un momento de lucidez—, Nijinsky recordará el mar azulísimo de playas anchas. El había nacido para danzar desnudo y solo, recortado en un fondo remoto de inmensidad, y sobre un tapiz de arenas tibias y acariciadoras.

¡Nijinsky loco! Loco Nijinsky, el del blanco cuerpo helénico, copa de alabastro.